

—Hablad, exclamó la jóven palideciendo. Os escucho sin burla y sin enojo.

—Pues bien. Habeis despertado en mi alma un sentimiento que guardaba yo oculto como sagrada reliquia, como dulce recuerdo de una felicidad perdida que vivia en mí, como la memoria lejana de un paraíso soñado. Sentia yo en mi corazon el misterioso dolor de una gran caída y me consolaba buscando en las soledades de mi pensamiento, en los ocultos rincones de mi memoria, una dulce imágen paciente, resignada, generosa, que me sonreía alentándome á llevar la carga de una vida sin esperanza. Esta imágen toma de repente realidad ante mis ojos. Os presiento, os busco y os encuentro. Me acerco á vos, y cuando creo que se ilumina mi vida con la luz de una nueva esperanza, me arrojaís al abismo de una desesperacion profunda. Sois inaccesible, porque vuestro corazon no os pertenece; no quiero que me descubrais vuestro secreto; pero habládme con franqueza, rechazadme con lealtad, negadme vuestra presencia, prohibidme que os vea, y creedme, no volveré á veros. ¿Os parece

demasiado cruel la conducta que os propongo? ¿Creeis, señora, más propio de vuestra belleza y de vuestra bondad el proceder equívoco que habeis adoptado conmigo? Pues bien, yo os aseguro que es indigno de vos. Las mujeres vulgares son demasiado compasivas; las aflige sobre manera la necesidad en que algunas veces se encuentran de ser francas, porque les cuesta mucha pena arrancar del corazon de los hombres las esperanzas que ellas mismas infunden; tanta pena como les costaría arrancar una flor cualquiera de la corona de sus triunfos. La *coquetería* es en sustancia la loca insustancialidad con que las mujeres se prodigan á sí mismas. Así es el vulgo de las mujeres; pero vos, señora, no debeis engañarme con frívolas apariencias.

Oyó Herminia á Lanuza atentamente, y dejando pasar un momento de silencio, en que parecia dudosa, contestó:

—Olvidadme.

Miguel se levantó, hizo un saludo triste y ceremonioso y se dispuso á salir.

—Esperad, exclamó la jóven, tendiendo las manos hácia Lanuza.

Nuestro héroe se detuvo, cruzó majestuosamente los brazos sobre el pecho, y se quedó contemplando á Herminia, que mordía impaciente el cordon de su bata.

—Sentaos, dijo ésta.

Miguel volvió á sentarse exclamando:

—¡Señora!..... no os comprendo.

—Y sin embargo, nadie como vos puede comprenderme.

—Os confieso, señora, que sois para mí un misterio impenetrable.

No pudo Herminia reprimir un suspiro, y Miguel vió brillar dos lágrimas bajo las rasgadas sombras de sus párpados; y las vió como dos estrellas que aparecian en el nublado cielo de su esperanza.

—Os propongo un convenio.

—¿Cuál?

—Seamos amigos.

—Señora, me proponeis una cosa imposible.

—Seamos más, añadió la jóven.

—¿Qué! preguntó Lanuza con ansiedad.

—Seamos hermanos, contestó ella.

—¡Hermanos!

—Sí:

Pasóse Miguel la mano por la frente preguntando:

—Decidme, os lo suplico, ¿qué queréis de mí?

—Os lo diré: quiero ser la sombra de vuestro pensamiento, el reflejo vivo y real de la imágen que llevais en el alma; quiero poseer vuestro cariño, vuestra confianza; quiero estar cerca de vos para sonreír en vuestras alegrías y llorar en vuestras penas; quiero que la semejanza que en mí encontráis con la mujer que habeis amado, mantenga en vuestro corazon el recuerdo perpétuo de su nombre; quiero que me ameís en ella, con ella y por ella. Ved en mí su retrato, á quien ella presta su voz, sus sonrisas y sus lágrimas. ¿Me entendeis? quiero ser vuestra hermana.

Estas palabras salieron en tumulto de la boca de Herminia, pronunciadas con acento vehemente y entrecortado, parecia la explosion de un sentimiento por mucho tiempo comprimido.

Miguel quedó suspenso saboreando la estaña dulzura de aquel singular afecto; y

buscando la clave del enigma, creyó encontrarla y tartamudeó estas palabras:

—Os comprendo, Herminia; á lo ménos creo comprenderos, pero vos no me comprendéis.

Abrió la jóven sus hermosos ojos, cuyo azul profundo parecía iluminado por los resplandores de la aurora, y fijándolos en Miguel con cándido asombro, le dijo:

—Explicaos.

—La primera vez que hablamos, cuando me teníais prisionero en vuestra casa, me dijisteis que os iba á hacer el amor por sustitucion. ¿Os acordais?

—Me acuerdo perfectamente; proseguid.

—Sin duda pensais lo mismo en este instante.

—¿Y bien?

—Sois demasiado altiva para aceptar el segundo término en el afecto de mi alma; y teneis razon; debeis ser en todo la primera, y quereis serlo.

—¿Así lo creéis? preguntó Herminia con satisfaccion mal disimulada.

—Así lo creo; mas, por inexplicable que

sea el interes que me inspirais, por incomprendible que os parezca la misteriosa unidad en que se confunden mi tierno recuerdo y el amor que hácia vos me arrastra, os juro que.....

Herminia alzó la mano para detener el complemento de la frase y se apresuró á decirle:

—No jureis, no hagais traicion á vuestros sentimientos, no cometais una infidelidad inútil, porque os engañais respecto á mi altivez. Me complace ocupar el segundo turno en vuestro corazon. No lo dudeis. Si yo os la hiciera olvidar un momento..... ¡oh! qué cruel desatino, tendria celos de mí misma. Poned la mano sobre vuestro corazon y contestadme. Si ahora mismo surgiera del fondo de este pavimento y se interpusiera entre nosotros y se arrodillára á vuestros piés y cogiera vuestras manos y estampára en ellas sus labios, y os dijera: «Miguel, aquí me tienes; mi alma es siempre la misma para tí; en ella está tu recuerdo vivo, profundo, inmenso, inextinguible como la luz del sol, como la claridad del cielo, como

el alma inmortal en que lo llevo; aquí está lo mismo que tú lo dejaste la última vez que nos vimos, ¿te acuerdas?»

Herminia, uniendo la acción á la palabra para dar más vigorosa, más enérgica expresión á su pensamiento, se había puesto de pié, había caído de rodillas delante de Lanuza, había cogido sus manos y las había besado. En esta actitud seguía diciendo:

—«¿Te acuerdas?» Ahora, añadió cambiando de tono, yo os pregunto: ¿á cuál de las dos tenderíais vuestros brazos?

—¡Señora! ¡Señora! exclamó Miguel trémulo, confuso, indeciso, atónito, ante aquel arrebató, ante aquel abandono.

—Decidlo, añadió la jóven sacudiendo las manos de Miguel, que aún tenía asidas.

—A ella, dijo Miguel con voz ahogada.

—Juradlo.

—Os lo juro.

Apénas pronunció Lanuza el juramento, abandonó Herminia sus manos, púsose de pié, apaciguó la agitacion de su rostro, y miró á Miguel con una expresión de ternura indecible; había en ella pasión, gratitud, felicidad.

—Gracias, dijo con dulcísima sonrisa.

—¡Quién sois, señora! exclamó Lanuza absorto.

—Si quereis, contestó ella, seré vuestra hermana.

Nuestro héroe bajó la cabeza y se mordió los labios. Sintió de nuevo en su corazón la herida de los celos y contestó diciendo:

—Me ofreceis cuanto podeis ofrecerme, y os lo agradezco; pero ¡ah! no me envanece la generosa compasión que os inspiro. No abuseis de vuestra bondad. Decidme con noble franqueza que vuestro corazón no os pertenece. Disipad en mí toda esperanza. Eso es lo que os pido, lo que os suplico, señora, lo que os exijo.

La hija de Lord Walbrook, que aún se hallaba de pié, se sentó, ó más bien se dejó caer sobre la butaca; parecía que en su razón luchaban opuestos pensamientos. Después de un momento de indecisión dirigió á Miguel esta pregunta:

—¿Vos lo quereis así?

—Así lo quiero, contestó Lanuza, fingiendo en sus palabras un valor que no sentía.

No contaba ya con fuerzas para prolongar por más tiempo una lucha en la que cada victoria que conseguía era una derrota. Deseaba salir á todo trance de la situación en que se encontraba, prefiriendo el dolor de una cruel certidumbre al lento martirio de la duda. Había, pues, resuelto quemar el último cartucho, y presentaba heroicamente el pecho al golpe mortal que debía aniquilarle.

Con la cabeza baja, fijos los ojos en la alfombra que cubría el pavimento, y anudando maquinalmente entre los dedos el cordón de su bata, preguntó Herminia de nuevo:

—¿No os arrepentiréis jamás de vuestra temeraria exigencia?

—Jamás, señora, contestó Miguel con firmeza.

—Quizá os engañáis, añadió la joven; mas aseguradme ante todo que no me culparéis nunca por haberos confiado el secreto de mi alma.

—No os culparé nunca, os lo aseguro.

—Pues bien, continuó diciendo Herminia.

nia. Sabedlo, vos lo habeis dicho: mi corazón no me pertenece.

Pronunció estas últimas palabras con acento de convicción profunda, con ese acento de íntima certidumbre que hace imposible toda duda.

En honor de la verdad, nuestro enamorado caballero esperaba el golpe y se hallaba dispuesto á recibirlo, puesto que él mismo lo había provocado; pero esta vez la realidad excedió á la imaginación. Lo sintió rudo, violento, terrible; más rudo, más violento, más terrible que lo había esperado.

Herminia leyó en el rostro de Miguel lo que pasaba en su alma, y mirándolo con apasionada ternura añadió:

—Todavía no lo sabeis todo.

—¿Qué más necesito saber? preguntó Lanuza.

—Necesitais saber todo mi secreto. Si no añadiera nada á lo que habeis oído, os engañaría, y no puedo, no quiero, no debo engañaros.

Miguel se encogió silenciosamente de hombros con desesperada indiferencia. ¿Qué

le importaba un nuevo golpe, si ya estaba herido de muerte? Herminia prosiguió diciendo:

— Recordad que vos lo habeis querido; en cuanto á mí, jamas hubiera salido de mis labios esta confesion que habeis arrancado del fondo de mi alma. Ya es tarde para retroceder.

Y echando hacia adelante su hermosa cabeza para acortar la distancia que la separaba de Lanuza, dijo:

— Mi corazon no me pertenece, no es mio, ¿por qué? oidlo bien: porque..... ¿no lo adivináis?

— ¿Por qué, señora, por qué? preguntó Lanuza con voz trémula.

— ¡Ah!..... exclamó ella ocultando el rostro entre las manos, porque es vuestro.

Lanuza se estremeció al oír aquellas palabras; se creía víctima de un sueño, no comprendía lo que le pasaba, no acertaba á explicarse lo que sentia; no le era lícito dudar y no se atrevia á creer. Oprimióse la frente con ambas manos, como si sintiera que la cabeza se le iba, y haciendo un esfuerzo supremo, dijo:

— Repetid, señora, esa palabra, repetidla. Herminia alzó los ojos y repitió lentamente:

— Vuestro..... Vuestro.

— Entónces, exclamó Lanuza, no hay en el mundo poder que consiga separarme de vos. Os seguiré donde quiera que vayais. Seré vuestro amigo, vuestro hermano, vuestro esclavo, vuestro.....

— Imposible, dijo la jóven, interrumpiéndole.

— ¡Imposible!..... ¡decis!

— Sí, imposible.

Este nuevo golpe dejó á Miguel confuso, verdaderamente aturdido; mas, recapacitando, reuniendo con la rapidez del pensamiento todos los datos, todos los pormenores desde su primer encuentro con Herminia hasta aquel momento, buscó con ánsia la verdadera explicacion de tan incomprensible conducta, y vamos, creyó que la habia encontrado.

Herminia era hija de Lord Walbrook; pero Lord Walbrook no se habia casado; era pues hija natural. Debía saber ó sospe-

char la ilegitimidad de su origen, y en esta circunstancia le hacian ver su delicadeza ó su orgullo un obstáculo invencible. Así debió imaginarlo Miguel, pues dijo con vehemencia:

— Os juro que no hay fuerza humana que pueda separarnos, ni obstáculo que no allane el inmenso cariño que os profesó. Si Lord Walbrook me negase vuestra mano, se la robaria para repetiros delante de Dios y de los hombres el juramento de consagraros hasta el último suspiro de mi vida.

Nada replicó Herminia á estas apasionadas frases. Las recibió con triste sonrisa, y levantándose, se dirigió á un pequeño escritorio que próximo á ella estaba, lo abrió y sacó varias cuartillas de papel, que ordenó rápidamente como si estuviesen numeradas, doblólas por la mitad, y encerrándolas en un sobre, se volvió á Miguel diciendo:

— Tomad este manuscrito, guardadlo ahora, y leedlo cuando esteis solo.

Recibió Miguel de manos de Herminia el manuscrito que ésta le presentaba, y besándolo lo ocultó en su bolsillo.

— Ahora, añadió la hija de Lord Wal-

brook, sentándose junto á Miguel, decidme muchas veces que me amais.

— Os amo con todo mi corazón, exclamó Miguel embriagado de felicidad; os amo como sois digna de ser amada.

En esto se oyó el rumor lejano de un coche, que se fué acercando, cesando de pronto; indudablemente se habia detenido delante de la puerta del palacio.

— Os creo, contestó la jóven; ved si os creo.

Y tendió á Miguel su mano correcta, blanca y sonrosada, que éste cogió temblando entre las suyas, sin atreverse á acercarse á ella sus labios.

Así permanecieron algunos instantes; así probablemente hubieran permanecido mucho tiempo; pero Herminia, que parecia pensativa, dijo de pronto:

— Besadla.

Entonces Miguel se inclinó en actitud sumisa, y con delicado respeto besó la mano de la jóven.

En aquel instante, y ántes que el dichoso amante pudiera separar los labios de la ma-

no de Herminia, se alzó la cortina que cubría la puerta de la habitación y apareció la Marquesa delante de ellos.

—¡Ah! exclamó la hija de Lord Walbrook poniéndose de pié: Miguel se levantó azorado.

—Señora, dijo Luisa con voz turbada, vuestra doncella no ha querido anunciarme.

—Vos, señora Marquesa, se apresuró á decir Herminia adelantándose á recibirla, no necesitáis que os anuncien, porque acabáis de entrar en vuestra casa. Sentaos..... me parece que estais cansada..... ¡Dios mio! ¿os sentis mal?

En efecto, la Marquesa estaba sumamente pálida, y sonriendo dulcemente á Herminia y á Lanuza, se sentó. Éste disimulaba en vano su sorpresa, y no sabiendo qué hacer, saludó cortésmente á la Marquesa, pidió permiso para retirarse, lo obtuvo y salió de la estancia.

Las dos nuevas amigas se encontraron solas y frente á frente.

CAPÍTULO VI.

El manuscrito.

Desde el palacio del Lord Walbrook, el afortunado mortal, que, como hemos visto, acababa de obtener el envidiable amor de la hermosa Herminia, se dirigió apresuradamente á su casa, con ánimo resuelto de encerrarse en su cuarto y devorar el manuscrito que llevaba en el bolsillo. Sin embargo, creía haber adivinado lo que el pliego contenía. ¿Qué había de ser? Indudablemente la historia de alguna locura de Lord Walbrook. El noble inglés pudo muy bien poner sus ojos grises, más ó ménos tiernos, en alguna criatura bastante bella y bastante pura para ser amada, mas no tan ilustre ni tan rica, que pudiera aspirar á la suprema dignidad de Miladi. Para estos casos tiene la